

## **Presentación del libro *Narrativa médica en los 150 años de la Academia Nacional de Medicina***

**Pedro Berruecos†\***

Académico Titular, experto en comunicación humana, Consejero Técnico en el Hospital General de México y Profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, México, D.F.

Antes que nada, al presentar este libro, es necesario expresar un muy especial agradecimiento a la Dra. Herlinda Dabbah, al buen amigo el Dr. Alberto Lifshitz, al Dr. Julio Sotelo y a todos los miembros del comité organizador de los eventos del CL aniversario de la Academia Nacional de Medicina, muy particularmente a su presidente, el Dr. Enrique Ruelas, por la distinción que significa participar como colaborador en este estupendo libro y por la invitación para comentarlo en su presentación, que hago con muchísimo gusto, el día de hoy.

Desde el Paleolítico, el hombre ha vivido con la obsesión de conservar y transmitir las palabras, primero en la pintura rupestre y luego mediante la tradición oral; más adelante, en piedras talladas, tabletas de arcilla, pergaminos, madera, vitela o papiros. En la Edad Media, los libros se escribían y decoraban uno por uno, y surgían como magia de las manos de frailes enclaustrados en el *scriptorium*, en donde no había lámparas ni velas para evitar los incendios. Fue en esas épocas cuando enormes seres pensantes conservaron esos milagros, esas obras de arte, esos actos de fe, en bibliotecas como la de Ugarit, del siglo XII a.C.; en las tabletas de arcilla de Nínive, en el siglo VII a.C.; en la biblioteca de Pérgamo, en el siglo III a.C., que guardaba los manuscritos de Aristóteles; en la de Herculano, destruida por la erupción del Vesubio en el año 79, y redescubierta en 1752, al encontrar 1,800 rollos carbonizados; en la famosa de Alejandría y en la de Constantinopla, destruida en la Cuarta Cruzada. Se intuía entonces que saber, leer y aprehender implicaba superioridad, predominio y poder.

Según la UNESCO, un libro debe tener 49 o más páginas, porque un texto de una a cuatro, un *quaterno* o *libellum*, son hojas sueltas, y de 5 a 48 es apenas un folleto. En cualquier caso, al tener un libro en las manos, las hojas de «membranas» o «corteza» de árbol nos ponen en contacto con el mundo vegetal,

con la naturaleza, para transportarnos a los más recónditos rincones de la mente humana.

El papel, o página, del latín *pangere* («trabar, ensamblar o atar»), alude a la unión de las hojas para hacer un libro, pero también a las tiras que servían para sostener la vid y las uvas. ¿Por qué esta búsqueda etimológica? ¡Muy simple! Porque así descubrimos que los escritores ponen sus grañas en las líneas de las páginas, de igual forma que la vid crece en sus telares de varas para acomodar sus uvas. Cosechar uvas es apropiarse de palabras. Dice Juan Villoro que las líneas de una página son como los hilos de los que las uvas penden. El escritor cultiva uvas/palabras y nos las pone enfrente; el lector va a la página –telar de viñedos– y las colecta. Uno siembra al escribir; otro las cosecha al leer. Cuando las páginas nacieron, los enormes *volúmenes* de papiro (del latín *volvere*, «enrollar, dar vueltas») dejaron de leerse en voz alta y permitieron la íntima unión, en silencio, entre el autor y el lector. Cuando dejó de ser necesario enrollar el volumen leído, para dejarlo listo para el siguiente lector, la lectura monástica en voz alta dio paso a la silenciosa lectura escolástica, símbolo de libertad y de independencia de pensamiento.

El papel fue llevado de China a Europa por los árabes y es esencial en nuestros libros de hoy, antecesores del *e-book* o del *audio-book*. Estos, por más modernos que sean, siguen tratando, como sucede desde el Paleolítico, de encontrar las mejores formas para preservar y transmitir ideas, pensamientos, cultura, creencias y conocimientos. Pero si un niño usa más

\*Academia Nacional de Medicina: medicina y literatura  
24 de octubre de 2014

†Pedro Berruecos murió súbitamente poco después de escribir estas líneas, de modo que se trata de una publicación póstuma que no sólo ilustra su enorme cultura, sino que también honra al médico humanista que fue.

las tabletas que los libros, se está socavando la dinámica que impulsa su desarrollo. Los niños de 3-5 años a quienes sus padres les leen libros electrónicos comprenden menos la lectura que sus pares a quienes se les leen libros tradicionales, porque cuando leemos un libro a un niño, provocamos la conversación y desarrollamos su lenguaje y su pensamiento. Y si de aprender lenguaje se trata, ninguna tecnología sustituye a un instructor en vivo.

La chispa luminosa de Gutenberg acabó con hegemónías políticas, fantasías de grandeza y prejuicios religiosos. El temor de los tiranos y el conservadurismo y el fanatismo ideológicos de la época fueron el principal motor de la Inquisición, pero sus hogueras para destruir libros que no tuvieran la bendición apostólica, el *imprimatur* o el *nihil obstat*, lo único que hicieron fue iluminar la aurora del Renacimiento. No obstante, la censura persistió, y así, unos pocos decenios antes de la Revolución Francesa, se publicó en 1757 en París un decreto que condenaba a muerte a los editores que no tuvieran las autorizaciones que se exigían. A pesar de esto, Voltaire, Rousseau y muchos más vieron editar sus libros en Londres, Ámsterdam o en varias ciudades de Alemania. La censura se volvió inefectiva y el mismísimo todopoderoso ministro Guillaume Chrétien de Malesherbes, que impidió oficialmente publicar la *Encyclopédie*, buscó la forma de distribuirla libremente, por debajo del agua, como correspondía a la más grande obra de la Ilustración.

Ahora estamos en el siglo XXI, pero el médico que escribe cuentos, romances, poemas, teatro, novelas o ficción siempre ha existido. Ahí han estado San Lucas en la Grecia antigua o Maimónides, Avicena, Copérnico y Rabelais en la Edad Media; después, Paracelso, Servet, Vesalio y Shiller, y más cerca de nuestros tiempos, Chekiov, Conan Doyle, Livingstone, Axel Munthe, Freud, Jung y Albert Schweitzer. Los médicos deben mantener el secreto de profesión, que es como «de confesión», pero tratan de liberarse de esas cadenas por medio de la literatura. Por eso existe la Union Mondiale des Écrivans Medecins, la reciente Academia Mexicana de Médicos Escritores, la serie *Literature and Medicine* del Hospital Johns Hopkins o la Federación Internacional de Sociedades de Escritores Médicos. Tenemos en nuestra lengua a Baroja y a Ramón y Cajal y, en nuestro medio, a Nandino, Cancino, Acuña, Sabines, Azuela, Marín, Cárdenas de la Peña, Martínez Cortés, Pérez Tamayo y muchos más.

Los escritores han recibido de la medicina materiales inagotables y los médicos han encontrado en la literatura el complemento de su vocación humanística,

porque para ambos el ser humano está en el centro y es el punto de unión de ambas disciplinas. Es en la enfermedad, en el sufrimiento y en su doloroso extremo, la muerte, en donde ocurre el feliz encuentro entre ambos... Cela describe la tuberculosis en *Pabellón de reposo*; Tolstoi, la enfermedad en *La muerte de Ivan Illich*; el síndrome de Pickwick nace de una obra de Dickens; el de Stendhal, de su *Historia de la pintura italiana*, y la enfermedad de Thomas, de *La insopportable levedad del ser* de Milan Kundera. Mucho antes, Homero ya había descrito las heridas que infligían los héroes que él cantaba; Dante, en *La divina comedia*, hizo que cualquier enfermedad fuera juego de niños en comparación con el viaje al infierno; Cervantes describió, en la segunda parte de *El Quijote*, el disgusto de Sancho, gobernador de Barataria, por las limitaciones que le imponía para su buen yantar un médico que se supone debía atender su salud, hasta que Sancho explotó y le dijo: «Pues quítenseme luego de delante, si no, voto al sol que tome un garrote y que a garrotazos comenzando por usted, no me ha de quedar médico en toda la isla, a lo menos de aquellos que yo entiendo que son ignorantes; que a los médicos sabios, prudentes y discretos, los pondré sobre mi cabeza y los honraré como personas divinas», con lo que censuró a unos y, con buen equilibrio, elogió a los otros. Kafka, en *La metamorfosis*, convirtió a su personaje en un insecto y describió el caos que como consecuencia se desencadenó en la familia. Flaubert, hijo y nieto de médicos, describió en *Madame Bovary* el envenenamiento por arsénico con una precisa y estupenda descripción de la agonía. Hemingway, hijo también de médico, en *Campamento indio* describió a su padre haciendo una cesárea con sólo una navaja y sin anestesia, y luego, en *Las nieves del Kilimanjaro*, relató con maestría la evolución de la gangrena del protagonista. Tolstoi, en *Guerra y paz*, describió cómo el príncipe Andrés, al caer herido en una batalla, vio el cielo inmenso, moteado de leves nubes, y dijo: «¿Cómo no me había dado cuenta antes de esa profundidad sin límites?... No existe sino la serenidad y el reposo». Ahí, el narrador se hunde en el alma del personaje y adquiere, por lo tanto, la llamada «mirada médica». Thomas Mann describió, en *La montaña mágica*, el sanatorio de Davos en donde su esposa se atendía de una penosa enfermedad y, en *Doctor Faustus*, el protagonista, Leverkühn, genio musical diabólicamente renovador, conversa con el demonio y reconoce como exaltador de su creación al treponema de la sífilis; y Marcel Proust es obsesivo al describir en su libro *En busca del tiempo perdido* la vida cotidiana en sus

más intrascendentes detalles, como clara manifestación de su temperamento neurótico. Los ejemplos son interminables.

La labor editorial en el centésimo quincuagésimo aniversario de la Academia Nacional de Medicina ha sido titánica. Todos deben agradecer, como Vargas Llosa, a quienes nos acercan libros, a quienes estimulan para que sean escritos, a quienes enseñan el oficio y a quienes los leen. El hombre fabula, sólo el hombre nombra. Con la palabra, al nombrar lo inexistente, no sólo describe cosas, plantas, animales u objetos, sino que convierte todo eso, potencialmente, en leyenda, fantasía, sueño o imaginación. La palabra despeja incógnitas, trasciende fronteras, deshace prejuicios, resuelve problemas, amalgama pueblos, aplaca deseos, establece alianzas y hace ver lo inexistente. Con la palabra escrita el hombre protesta, y al leer, también protesta, porque hablar de ideales implica expresión de insatisfacción y búsqueda de mejores caminos.

Ahora, muchos editores y sobre todo los grandes consorcios internacionales dirigen el mundo del libro y, por eso, grupos como el de Palabras y Plumas Editores son una excepción, en tanto, si bien no pueden dejar de atender las leyes de la oferta y la demanda, toman bien en cuenta las necesidades que detectan lectores ilustrados. Lo importante es divulgar la creación literaria, porque el que piensa bien habla bien y, como dice el filósofo de Güemes, el que no, pues no.

De igual manera, el que piensa bien escribe bien, y en estos libros que ahora se presentan han podido conjuntarse muchísimas plumas que enlazando mente y mano hacen que el quehacer médico se convierta en frescos e interminables manantiales maternales de palabras.

En esta obra, se tiene acceso a muchas historias: las relacionadas con patologías como el peligro de muerte por hemorragia posparto, los corajes y la colitis, el cáncer o la esquizofrenia..., pero están también los médicos en 1964, la abuela celestina, la cura de la cruda por Beny el Cantinero, el queso de Chiapas en una sopa de fideos o la historia del capitán Beltrán; también el terremoto de 1985 y sus consecuencias en el Centro Hospitalario «20 de Noviembre» y en el Hospital General de México, a propósito de lo cual se alude en un texto a la «división» que casualmente le tocó vivir al que esto escribe en la Mesa Directiva de la Academia Nacional de Medicina en 1985. El conflicto surgió porque la solicitud por parte de un numeroso grupo de médicos del hospital, miembros a la vez de la academia, para que ésta apoyara, simplemente, «la más rápida reapertura del hospital», no fue atendida, argumentándose un problema político

que en ninguna forma se había planteado. A pesar de esta negativa, el hospital superó esos momentos difíciles y ha seguido su camino en paralelo con el de la academia. Quedó constancia de esto en las actas de sesiones posteriores, cuando se afirmó claramente que, a pesar de la lamentable negativa, ambas instituciones, hospital y academia, estaban en el tiempo y en el espacio, muy por encima de vaivenes políticos o de puntos de vista personales y después de lo sucedido, con mucha mayor fuerza que la se necesitó para que fueran creadas.

En los dos volúmenes, los textos están magistralmente agrupados en secciones de narrativa histórica, biografías, ensayos, anécdotas, relatos, nosobiografías, narrativa creativa, lírica y aforismos.

Llama la atención que, como en el caso del libro titulado *La otra historia clínica*, de los académicos participantes en esta narrativa médica más del 60% pertenecen al Departamento de Medicina; alrededor del 20%, al de Cirugía, y el resto, a los otros dos departamentos. Además, es prácticamente igual el número de participantes psiquiatras y cirujanos. ¿Será que de la psiquiatría nace la literatura casi casi por generación espontánea? No es fácil saberlo... El que esto escribe tiene sus teorías, pero mejor no las expone, porque podría ser considerado, según reciente información del Instituto Nacional de Psiquiatría, como parte de ese 28% de la población general que tiene uno o más de los 23 cuadros que contempla la Clasificación Internacional de Enfermedades en el ámbito psiquiátrico.

La gran inventiva y una enorme creatividad campean en todos los textos, en donde aparece el peligro de muerte por hemorragia posparto, el romance con una *Ascaris lumbricoides* hembra, las cucarachas en el servicio social, la enfermera que raptó a un recién nacido, la extraña condición de siameses hombre/automóvil y el trasplante de corazón a un enfermo de 135 años en el año 2195. En la presentación del libro se escucharon, completos o en fragmentos y en voz de sus autores, algunos de sus textos: el terrible drama del homicidio del hijo con síndrome de Down y del valor para jalar el gatillo dos veces, las mágicas apariciones del Dr. Miguel Jiménez, la amenaza del fin del mundo, el muerto que no estaba muerto –aunque tampoco andaba de parranda–, los delirios de Prodigios y las relaciones peligrosas de un homosexual, de su padre y del médico que los atiende y acompaña... Y quedan para el final los *Laberintos* y la *Recurrencia perpetua*, porque, además de la valiente y a la vez finísima incursión en la poesía, queda constancia de

profundas reflexiones. La alusión directa a la pérdida del trívium, eje de la enseñanza en la Edad Media –gramática, dialéctica y retórica–, no puede quedar encerrada en las páginas del libro, sino impregnar todos los rincones de las escuelas y facultades de Medicina, porque «¿dónde se nos perdió el trívium?», se pregunta Enrique Ruelas. No sabemos, pero seguramente es consecuencia de la paulatina modernización comercial de la utilitaria y metalizada industria médica de nuestros días. ¿Dónde anda el trívium? El Examen Nacional de Aspirantes a Residencias Médicas, por ejemplo, ¿puede analizar los conocimientos de los futuros residentes a través de sus textos escritos, por medio de las marcas hechas con lápiz del 2 ½ con las que anotan sus respuestas? ¿Será que así puede conocerse la capacidad de redactar, la ortografía, la caligrafía, la congruencia en el manejo de los parámetros morfosintácticos o la profundidad semántica, en las ideas plasmadas en buenas secuencias de palabras y oraciones? Alguien dijo que, por eso, los cuentos precisos, cortos y misteriosos son los mejores, como es el caso del de Luciano Egido que dice: «Cuando me habló, comprendí que el muerto era yo y no él», o el famoso de Monterroso, de gran actualidad mexicana: «Cuando desperté, el dinosaurio todavía estaba allí».

Hacer una historia clínica no debe ser un acto rutinario. El médico debe fijar sus ojos en los del paciente, apreciar sus gestos y hacerle sentir calor

humano. Una historia clínica puede y debe producir una biografía, una semblanza, una novela, de la cual, quien dicta el guion, es el paciente. El médico debe ser un buen escribidor de historias, en las que plasme, no a su paciente ni a sí mismo, sino el encuentro de dos personas.

El médico nos dice de frente lo que no sabemos de nosotros mismos. Por eso, adquiere una estatura mágica con un poder que va más allá de su simple persona y hasta quizás de su propia voluntad. El uso de un lenguaje no común con formas cabalísticas y palabras secretas, la mirada penetrante, las percusiones o palpaciones, o el planteamiento de preguntas sorprendentes, en búsqueda de caminos difícilmente visibles por el enfermo, siempre serán tema de narradores, médicos, literatos y taumaturgos. En el lenguaje oral o en el escrito, las pausas, los puntos suspensivos y los silencios hacen que las palabras encuentren sitio y régimen, y que pongan las cosas en su lugar. Pero el silencio habla también, porque a veces dice lo que sólo puede expresar lo que de enormemente asombroso tiene el mundo. Frente al dolor, el sufrimiento y la muerte el silencio es compasión, reverencia, respeto y empatía. Pero también es secreto. Cuando alguien dice «no sé cómo expresarlo» o «no tengo palabras», ya está diciendo demasiado. Por eso, con base en ese concepto, este comentarista suspende aquí las propias, para que todos los presentes puedan tener la maravillosa oportunidad de sumergirse en el misterio.